

miento de que es capaz en tales condiciones, es un movimiento sin objeto, especie de movimiento vibratorio; oscilatorio ó giratorio, en tanto que la inteligencia no le haya señalado cierto fin. La voluntad no alcanza un fin, á no ser que la inteligencia se apodere de ella y le prescriba una dirección.

Según esa ley, es como el Espíritu Santo obra también sobre la inteligencia humana. La gracia da á la voluntad el primer impulso y el comienzo del movimiento hacia el bien sobrenatural. Pero si se contentase con eso, el movimiento provocado por él carecería de objeto, y, por lo tanto, quedaría indeterminado y sin resultado. Para imprimirle una dirección determinada, y permitirle así lograr su fin, el Espíritu Santo indica á la voluntad ya movida por medio de la inteligencia ilustrada igualmente por Él, el fin sobre el cual quiere Él dirigir su actividad.

No debemos, sin embargo, imaginar esto como si Dios comunicase primeramente á la voluntad un movimiento vano y sin objeto, y luego le diese tan sólo, por un segundo acto, un contenido y fin, por medio de la inteligencia. Sino que causa Él ambas cosas por medio de una sola y misma acción, análoga á la del sol que ilumina y calienta al propio tiempo. Igualmente obra el Espíritu Santo. Ilumina nuestra inteligencia á la vez que enciende nuestro corazón. ⁽¹⁾

No hay más, sino que ejerce tal influencia por diferentes lados y diversas maneras. Provoca primeramente de manera directa, por su propio poder, el movimiento de la voluntad. ⁽²⁾ Pues sin él, ningún poder del mundo podría moverse. ⁽³⁾ En cuanto á la dirección hacia la cual inclinará el movimiento, la voluntad es quien lo imprimirá, ⁽⁴⁾ no la voluntad sola, naturalmente, sino la voluntad bajo la

(1) Bernard., *Cant. cant.*, 8, 4.

(2) Thomas, *C. Gent.*, 3, 91; 1, q. 22, a. 2, ad 4; *Verit.*, q. 22, a. 8.

(3) Id., 1, q. 83, a. 1, ad 2; 1, 2, q. 9, a. 6; q. 109, a. 2, ad 2; *C. Gent.*, 3, 89, 149.

(4) Id., *C. Gent.*, 3, 1, 110; 2, dist. 25, q. 1, a. 1, ad 3; dist. 39, q. 1, a. 1; 1, 2, q. 9, a. 6, ad 3; *Pot.*, q. 4, a. 7, ad 13.

influencia constante de la gracia; de otra suerte, la libertad quedaría lesionada. ⁽¹⁾ No queriendo Dios cambiar las leyes naturales por él establecidas, obra sobre la voluntad moviéndola y empujándola suavemente por medio de la iluminación de la inteligencia, hacia el fin por el cual ella misma se ha determinado siguiendo la dirección impresa por la gracia. ⁽²⁾

Por lo tanto, no tan solo la marcha, sino también la resolución de las influencias de la gracia,—por más de que el comienzo, lo mismo que el medio y el fin, dependen de la acción sobrenatural del Espíritu Santo,—ocurren, como para toda actividad intelectual, en su dominio propio, es decir en su dominio natural. Y eso, por la razón de que la actividad personal y la decisión de la voluntad hacia tal ó cual fin determinado son producidas en el orden sobrenatural por el Espíritu Santo, mediante la iluminación de la inteligencia, según la manera con que los fenómenos naturales ocurren en el alma.

De esta suerte, comprendemos porqué las gracias y los dones del Espíritu Santo no sostienen tan solamente á la voluntad estimulándola, y obrando de concierto con ella, sino como son también poderosa ayuda para la inteligencia. Pues, de esta manera, la dirección seguida por la voluntad, bajo la influencia del Espíritu Santo, de igual suerte que el logro del fin hacia el cual se dirige, hállanse favorecidos con fuerza y suavidad, sin que la gracia, por una parte, la convicción, la libertad, la decisión y la actividad personales, por otra, sufran menoscabo.

Por ahí vemos cuán falsa es la opinión según la cual la doctrina cristiana separa lo sobrenatural de lo natural, y abre un abismo entre ambos imposible de colmarse.

Hemos hecho ya notar muchas veces, en el curso de esta obra, que la idea fundamental del dogma de lo sobrenatural, y, por lo tanto, del Cristianismo, es precisamente

(1) Thom., 2, dist. 28, q. 1, a. 1; 1, q. 83, a. 3.

(2) Id., 1, q. 82, a. 4, ad 3; 1, 2, q. 9, a. 1, ad 3; a. 3, ad 3; *C. Gent.*, 3, 73, 85; *Verit.*, q. 22, a. 9, ad 6.

lo contrario, es decir, algo verdaderamente sobrenatural, y al propio tiempo verdaderamente natural, algo enteramente divino y enteramente humano, reunido en una sola y misma obra, en un solo y mismo hombre.

La doctrina de los dones del Espíritu Santo preséntanos igualmente aquí como centro de toda la vida sobrenatural, en cuanto establece, de manera clara é indiscutible, esa verdad fundamental de la vida sobrenatural, y que nos hace ver, en su admirable sublimidad, así la condescendencia de Dios en la gracia, como la elevación indescriptible del hombre por medio de ella.

Lo que hay de grande, asombroso, y sobrehumano en tal misterio, no tanto es la comunicación del Espíritu Santo y de sus dones, como la manera admirable con que supo proceder, en su sabiduría y su bondad, para realizar sus obras sobrenaturales, y hacer que sean juntamente acciones propias del hombre y acciones propias de Dios, acciones de Dios, no solamente en el hombre, sino por medio del hombre. Por eso es la doctrina de los dones del Espíritu Santo una de las más importantes, no solamente desde el punto de vista del alcance profundo y general que tiene sobre la enseñanza de lo sobrenatural y de la moral sobre la vida espiritual, sino igualmente desde el punto de vista de la apología del orden sobrenatural.

¡Por qué, ¡ay! no haber expuesto ese magnífico punto con más grande calor, y más viva convicción de lo que nuestra pequeñez nos lo permitió!

8. Quién y cómo experimenta su actividad. Dones de ciencia, de entendimiento y de sabiduría.—No podemos entrar aquí en pormenores acerca de los dones del Espíritu Santo, por atrayente que el asunto sea. En las obras antes citadas, la cuestión vese allí tratada con mayor ó menor amplitud. Pero la materia es tan copiosa que todavía está por agotar, y con mucho.

Para contribuir á renovar y á tornar más profunda nuestra literatura ascética, que á veces conténtase algo demasiado con beber en las primeras obras superficiales

que llegan, no se daría medio mejor que penetrar en las obras que los antiguos y las almas llenas del Espíritu Santo han escrito acerca de ese punto. Parécenos, pues, bien el indicar las más recomendables, para ayudar, en la medida que podamos, á la solución de cuestión tan importante.

Hemos remitido varias veces á las explicaciones más bien teológicas de Santo Tomás y de Raineri de Pisa. ⁽¹⁾ Mas en lo tocante á la fase práctica de tal enseñanza, poseemos una literatura antigua tan rica, que todo predicador, director espiritual, ó escritor ansiosos de consagrar sus esfuerzos á promover una piedad vigorosa y vivificante, no se vería apurado para encontrar medios de instrucción.

Todo el mundo conoce, por lo menos de nombre, los soberbios trabajos que nos dejaron sobre ese asunto San Buenaventura, San Antonino y Dionisio Cartujano. Muy rico es igualmente Peraldo, que prestó antes de ahora tan grandes servicios, y actualmente es casi desconocido. ⁽²⁾ Santiago de Vitry, en su vida de María de Oignies, ofrece, no obstante lo breve de la obra, una mina excesivamente abundante. ⁽³⁾ La venerable María de Agreda trata esta materia, también brevemente, ⁽⁴⁾ pero con aquella seguridad, con aquella claridad y aquella profundidad notables de que da regularmente prueba, cuando habla de las más difíciles cuestiones de lo sobrenatural, hasta tal punto, que produce entusiasmo en el lector. Otro tanto cabe decir, aunque, no obstante, en menor grado, de los áridos y sencillos, pero muy claros escritos de la piadosa hermana María Lataste. ⁽⁵⁾ Los mismos teólogos pueden sacar de allí útilmente más de una enseñanza acerca de la vida sobrenatural.

(1) V. Scheeben, *Dogmatik*, III, 900 y sig.

(2) Peraldus, *Summa virtut. et vit.*, t. I, p. 4.

(3) Jacob. Vitriac., *Vita B. Mar. Oigniac.*, 5, 42 (Bolland. Jun., V, 557 y sig., Paris).

(4) Agreda, *Civitas mystica*, I, 2, 13, 596 y sig.

(5) Lataste, *Leben und Schriften*, von Darbins, (2), III, 126 y sig.

Lo que acabamos de decir tráenos á la memoria las palabras del Salvador: «Os alabo, ¡oh Padre, Señor del cielo y de la tierra!, porque habéis ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes, y no las habéis revelado sino á los pequeños. Sí, os alabo, ¡oh Padre!, porque así os plugo». (1) Como todas las verdades sobrenaturales, estas verdades son tan profundas, que el simple poder de la voluntad humana no basta para hacerse dueña de ellas. Mas lo que los mismos príncipes de este mundo no han entendido, Dios nos lo reveló por su Espíritu. Pues de igual suerte que nadie conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él, de igual manera nadie conoce lo que hay en Dios, sino el Espíritu de Dios. Pues bien, nosotros hemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu que viene de Dios, para que conociésemos las cosas que Dios nos dió por su gracia. (2)

Únicamente que de ninguna utilidad nos es el que Dios nos dé ese Espíritu con los dones de entendimiento y de ciencia,—pues estos dos dones son especialmente necesarios para entender las verdades sobrenaturales,—si no los aceptamos con humildad y piadosamente.—Mas como frecuentemente nuestro orgullo y nuestra frialdad son obstáculo para recibirlos, réstale tan sólo á Dios el escoger á los pequeños, y á lo que se tiene por insensato y es despreciado á los ojos del mundo. Y es lo que casi siempre ocurre.

Entonces, la vanidad de los sabios siéntese herida en lo vivo, y óyeseles decir que siempre son buenas mujeres y sencillas religiosas quienes pretenden poseer tales luces. Tales recriminaciones nada tienen de nuevo. (3) Mas, en la época en que la fe iluminaba mejor los corazones, habíase también encontrado la respuesta propia. La perspicacia humana no basta para entender tales misterios;—decíase—requiérese la gracia del Espíritu Santo. «La sabiduría no

(1) Luc., X, 21.

(2) I Cor., II, 8 y sig.

(3) Godefrid., *Vita S. Hildegardis*, 2, 2, 22 (Bolland. sept. V, 686, Paris).

entra en un alma maligna, y no habita en un cuerpo cautivo del pecado». (1) Porque los pequeños, las mujeres, las almas virginales tienen corazón más puro, (2) ó hacen más generosamente violencia á sus pasiones, (3) el Espíritu Santo puede hacer que en ellos brille su luz. Las palabras de la sexta bienaventuranza: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán á Dios,» (4) encuentran ya su aplicación en esta vida.

Los hombres y los grandes talentos no tienen, pues, razón alguna para acusar á las mujeres; por el contrario, tienen verdadero motivo para acusarse á sí mismos. No es privilegio de los pequeños y de las mujeres el ver mejor en las cosas sobrenaturales; sino que es un castigo para los hombres y para los sabios, para traerlos á la humildad. Y si no llegan á eso, reservada les está una confusión todavía mayor. El Salvador mismo es quien se lo dijo á Santa Catalina de Sena. (5) Santa Teresa reprochaba cierto día á Nuestro Señor el que la colmase de favores tan considerables, y le pedía que se los dispensase más bien á los hombres, á los sabios, á los sacerdotes, á los religiosos y á los teólogos. Y el Salvador contestóle: «Pero estos no tienen tiempo, ni deseo de trabar relaciones de confianza conmigo. Pues que siempre me desdeñan, necesario es que me dirija á las mujeres, si quiero tener el consuelo de tratar de mis intereses con los hombres». (6)

Así, pues, para entender la doctrina de los dones del Espíritu Santo, y también las doctrinas de la Revelación en toda su profundidad, su alcance y su conjunto, es decir, para aprender á pensar de manera sobrenatural, la inteligencia humana necesita desde luego de los dones de entendimiento y de ciencia. Mas para penetrarlos, para ha-

(1) Sap., I, 4.

(2) Godefrid., *Vita S. Hildegardis*, 2, 2, 24.

(3) Ribera, *Vita S. Theresae*, 1, 2, 37, 38 (Bolland. octob. VII, 1, 554).

(4) Matth., V, 8.

(5) Raimund. Cap., *Vita S. Cathar. Sen.*, 2, 1, 122 (Bolland. apr. III, 892, Paris).

(6) Ribera, 4, 3, 50 (Bolland. oct. VII, I, 668).

cerlos viva propiedad suya, en una palabra, para aprender á sentir, de manera sobrenatural, necesita del más elevado de todos los dones del Espíritu Santo, del don de sabiduría. «Y Dios que á todos da sencillamente, sin reprochar nada,» ⁽¹⁾ no se los niega á quienquiera que se hace digno de recibirlos.

Mas de nada sirve tenerlos, si de ellos no se saca provecho alguno. Los dones de Dios más elevados piden que se los cultive por medio de la propia actividad del hombre. Cuanto más la libertad hace lo que debe hacer, más la gracia ejecuta lo que de ella depende.

Acabamos de aprender por los pequeños y por aquellos que son puros, la manera de hacer eficaces las gracias y dones del Espíritu Santo. Pero la misma verdad divina enseñónos el primero de todos los medios, por su propia boca, al decirnos: «¿Acaso vuestro Padre celestial no dará el Espíritu Santo á quien se lo pidan?» ⁽²⁾ Sin oración no tenemos luz, ni calor; sin vida de oración, no se tiene pensamiento, ni vida sobrenatural. Puedan todos los cristianos entender tan bien esto y practicarlo tan fielmente como Stolberg, hombre ilustre, que fué visiblemente instrumento del Espíritu Santo, y él mismo nos dice cómo llegó á serlo:

«Prosternado el rostro en tierra, ruego y lloro. Haz que á mis ojos brille tu luz, ¡oh Padre! Que sea tuyo en la vida y en la muerte». ⁽³⁾

(1) Jac., I, 5.

(2) Luc., XI, 13.

(3) Janssen, *Stolberg*, I, 207.

CONFERENCIA IV

LA MÍSTICA PRÁCTICA

1. Deber de aspirar á unir de la más elevada manera posible la idea y la acción.—Hémonos detenido largo tiempo en cuestiones á propósito para alejar de la Iglesia el reproche de que ella tan solamente se cuida de política.

Por el contrario, algunos lectores pueden preguntar á qué vienen tales excursiones en los dominios de la especulación. Á esos contestaremos que tan sólo les hemos llevado hasta el umbral del santuario. Apenas si hemos desflorado las más altas cuestiones tratadas por los místicos. Si sucumbimos ya bajo ese leve peso, podemos decir, para propia confusión, que antes de ahora hubo hombres cuya fuerza intelectual era muy superior á la nuestra.

Pero si no somos capaces de seguir á nuestros antepasados á las alturas á donde llegaron, ¿cómo pretender entonces rivalizar con ellos en los esfuerzos que hicieron para alcanzar la más elevada perfección moral?

Pues, espero ciertamente que no tendremos necesidad de decir que al más elevado ímpetu intelectual debe responder la más elevada perfección práctica. Si la educación cristiana, digamos más bien la educación razonable, trata primeramente de armonizar en el niño la ciencia y la acción, de desenvolver igualmente en él la inteligencia, la voluntad y el corazón, el fin de la perfección humana no puede consistir sino en la formación igual de todas las potencias del alma y de su actividad.

La inteligencia debe, pues, llevarse consigo á la volun-